

## **El periodismo frente a la emergencia del Autoritarismo y la posverdad.**

*Journalism in the face of the emergency  
Authoritarianism and post-truth*

**Héctor Vanoli** (Argentina)  
Observatorio Global de Comunicación y Democracia  
<https://observademocracia.org/>

© Publicación de conformidad con su autor. Esta cesión patrimonial comprende el derecho del Anuario ININCO para comunicar públicamente la obra, divulgarla, publicarla y reproducirla en soportes analógicos o digitales en la oportunidad que así lo estime conveniente, así como, la de salvaguardar los intereses y derechos morales que le corresponden como autora de la obra antes señalada. Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización del autor. Ley de Derecho de Autor. Gaceta oficial N° 4638 extraordinario. 1o octubre de 1993. Las imágenes utilizadas son estrictamente para uso académico y corresponden al archivo del Anuario ININCO-UCV.

# El periodismo frente a la emergencia del Autoritarismo y la posverdad <sup>1</sup>

Héctor Vanoli

Observatorio Global de Comunicación y Democracia



El ejercicio del periodismo, tal cual la conocemos y concebimos, se encuentra hoy seriamente amenazado en todo el mundo por la combinación de dos grandes fenómenos:

- I) La re-emergencia a nivel global del nacionalismo, el populismo y el autoritarismo pero, sobre todo, por la aparición de estos fenómenos en la cuna misma de la libertad de prensa: los Estados Unidos.
- II) El desplazamiento o pérdida de vigencia de la noción tradicional de verdad, fenómeno que -bajo el rótulo de *posverdad*- se observa hoy en todo el mundo.

## I. Emergencia del autoritarismo

---

<sup>1</sup> Partes de este trabajo se presentaron en el panel “¿A dónde va el Periodismo?”, organizado por las Facultades de Ciencias jurídicas y Artes y Ciencias de la Universidad Católica de Salta (UCASAL), con motivo de la celebración del día del periodista, el 7 de junio de 2018 en la ciudad de Salta, Argentina.

La victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 significó, por primera vez en la historia reciente de ese país, la llegada al poder de un proyecto político abiertamente anti-democrático. Dicho fenómeno implicó no solo el alineamiento automático de los Estados Unidos con algunos de los regímenes autoritarios más notorios del planeta (en detrimento de la relación con los aliados habituales de los Estados Unidos) sino también el ataque sistemático a los valores, normas e instituciones tradicionales de ese país.

En lo que hace a la prensa, el proyecto autoritario de Trump se tradujo en una ofensiva sin precedentes contra el ejercicio del periodismo independiente. El asalto a la prensa, impulsado y liderado por el propio presidente, asumió básicamente dos características fundamentales:

**a) Descalificación sistemática del ejercicio profesional del periodismo.** Trump ha recurrido sistemáticamente a la expresión “fake news” para descalificar todo reportaje crítico a su persona o su administración. Y no se trata de ataques puntuales a determinados reportajes o determinadas piezas de investigación críticas de su gestión, aparecidas en determinados medios (aunque dichos ataques se hayan dirigido con predilección a ciertos grupos de medios). El mensaje descalificador del presidente se dirige a la práctica del periodismo profesional en su conjunto.

Esta circunstancia se hizo notoria en julio de 2018 durante un discurso pronunciado frente a un grupo de veteranos de guerra en Kansas City. “Lo que lees en los diarios, escuchas en la radio o ves en la televisión no es lo que está pasando”, dijo el presidente. “Manténganse fieles a nosotros”, agregó. “No crean la basura que transmiten esos tipos, los fake news”<sup>2</sup>.

El objetivo último del ataque de Trump a la prensa, al decir del académico e investigador Jay Rosen, no es solamente el de descalificar o anatemizar a los medios. El objetivo es reemplazarlos. Al más claro estilo totalitario, “Trump desea convertirse él mismo en la fuente principal de información sobre lo que sucede en su gobierno, él y sus asistentes, no la prensa”<sup>3</sup>.

**b) Caracterización de la prensa como “enemiga” de la nación.** En el marco antes descrito, los periodistas estadounidenses han pasado a encarnar, en la incendiaria retórica presidencial, a los enemigos de la nación. Apenas juramentado, Trump salió a calificar a la prensa como la “enemiga del pueblo”, expresión que repitió luego en varias oportunidades, tanto en actos públicos como en su cuenta de Twitter.

Si se tiene en cuenta las connotaciones históricas de la expresión “enemigos del pueblo” (se trata de la expresión utilizada por la casi totalidad de los líderes de los movimientos totalitarios del siglo XX, como el estalinismo, el maoísmo y el nazismo, para descalificar a los sectores opositores), y la influencia decisiva que, tanto a nivel interno como a nivel mundial, tienen las declaraciones del

---

<sup>2</sup> <https://thehill.com/homenews/administration/398606-trump-what-youre-seeing-in-the-news-is-not-whats-happening-inbox-x>

<sup>3</sup> <https://www.vpr.org/post/maximize-trust-media-critic-jay-rosen-covering-trump-administration#stream/0>

presidente de los Estados Unidos, salta a la vista la peligrosidad que encierran los ataques de la administración Trump a la práctica del periodismo profesional.

“Escoria”, “despreciables”, “repulsivos”, “enfermos”<sup>4</sup> son otros de los epítetos utilizados por Trump para referirse a los periodistas. Al igual que los regímenes totalitarios del siglo XX, el presidente estadounidense ha buscado sistemáticamente colocar a la prensa en el campo de la “antipatria”, en el territorio de los “enemigos”, en el universo de los “traidores”. “No creo realmente que los periodistas aprecien nuestro país”, dijo Trump en otra oportunidad. Lo que en realidad intentan hacer, agregó, es “privarnos de nuestra historia, y de nuestra herencia”<sup>5</sup>

En el marco de dicha retórica, los periodistas han pasado naturalmente a encarnar los opositores a su gobierno. “Nuestros opositores no son los demócratas –escribió en su cuenta de Twitter- ni el decreciente número de republicanos que perdieron la brújula y se quedaron atrás, nuestro principales opositores son los medios fake news”<sup>6</sup>. Consecuentemente, el presidente estadounidense no ha dudado en amenazar a dueños de medios, editores y periodistas con juicios millonarios, retiro de licencias o cambios en las leyes para garantizar el castigo a los comunicadores críticos.

### **Uso de mentiras**

A las características antes descritas se les debe agregar un fenómeno igualmente sin precedentes en la historia reciente de los Estados Unidos: el uso sistemático, cotidiano y desembozado de la mentira como herramienta política por parte del propio presidente de la nación.

De acuerdo a los *fact checkers* de diarios tales como el *Washington Post* y el *New York Times*, el presidente estadounidense alcanzó, durante el mes de diciembre de 2019, la marca de las 15.000 mentiras o afirmaciones engañosas, lo que constituye un promedio de 32 afirmaciones falsas por día desde el inicio de su mandato en enero de 2017<sup>7</sup>.

Y no se trata solo del hecho de mentir. La acción de Trump, en este caso, va más allá. Como lo señaló la organización FactCheck.org, el presidente Trump se destaca no solo por el inédito número de afirmaciones falsas sino por su descarado rechazo a admitir el error cuando dichas afirmaciones son expuestas públicamente<sup>8</sup>.

---

<sup>4</sup> “Scum”, “slime”, “sick people” en inglés.

<sup>5</sup> <https://thehill.com/homenews/administration/347587-trump-media-is-trying-to-take-away-our-history-and-our-heritage>

<sup>6</sup> Our real opponent is not the Democrats, or the dwindling number of Republicans that lost their way and got left behind, our primary opponent is the Fake News Media. In the history of our Country, they have never been so bad!  
<https://twitter.com/realDonaldTrump/status/1168499357131427840?s=20>

<sup>7</sup> <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/trump-lies-fake-news-false-claims-total-impeachment-2020-a9248946.html>

<sup>8</sup> Citado por Jay Rosen. “Donald Trump is crashing the system. Journalists need to build a new one”. The Washington Post July 13, 2016

Más asombroso aún, se trata de una conducta que el presidente vino manifestando desde el lanzamiento mismo de su candidatura. Lo inusual en Trump, al decir del editor del Fact Checker del *Washington Post*, el conocido periodista Glenn Kessler, es que, aún durante la campaña, cuando ya se había posicionado como uno de los candidatos principales, no experimentó, en ningún momento, interés alguno por asegurarse de tener respaldo factual para algunas de sus afirmaciones más importantes.

A principios de 2016, cuando Trump llevaba apenas un poco más de seis meses de campaña, PolitiFact analizó 96 de las declaraciones del entonces candidato republicano. El 78 por ciento de dicha declaraciones, concluyó el proyecto de fact checking del Poynter Institute, eran “mayormente falsas”, “falsas” o “escandalosamente falsas”.<sup>9</sup> La sección de fact checking del *Washington Post*, que otorga los “premios Pinocho”<sup>10</sup>, le concedió por su parte a Trump su máximo galardón (Cuatro Pinochos) el 63 por ciento de las veces que revisó sus afirmaciones de campaña<sup>11</sup>.

Dada la tendencia del presidente de repetir incesantemente una misma mentira, no importa las veces que los fact checkers lo hayan desmentido, los “premios Pinocho” se vieron obligados, dos años más tarde, a crear una nueva categoría, exclusivamente diseñada para clasificar las mentiras que fueron repetidas una y otra vez por Trump: el “Pinocho sin fondo”. La inclinación del presidente a insistir con falsedades plantea a los fact checkers un desafío único, escribió Kessler. Los políticos que, como Trump, reciben los “Cuatro Pinochos” del *Washington Post* por lo general evitan repetir luego las afirmaciones que los hicieron merecedores de dicha “distinción”, ya sea porque sienten como un deber rectificar o porque perciben que continuar difundiendo falsedades podría dañarlos políticamente, indicó Kessler. Eso no sucede con Trump. El presidente continúa mintiendo mucho tiempo después de haber sido desenmascarado, sin inmutarse. No se trata por lo tanto de simples errores o “meteduras de pata”. Se trata de afirmaciones proferidas deliberadamente por Trump con un objetivo específico: “inyectar intencionalmente información falsa en el discurso nacional”<sup>12</sup>.

## II. Desplazamiento de la noción de verdad

El mantenimiento del ataque a la prensa en los Estados Unidos se entiende en un ambiente en el que la verdad, o lo que hasta hace relativamente poco se entendía por verdad, se ha convertido en un producto relativo, maleable, sustituible.

El término “posverdad”, en palabras del sociólogo Silvio Waisbord, describe el quiebre del “acuerdo social” que, hasta el día de hoy, había establecido “las formas y las normas para la representación de la realidad”. Se trata, en sus palabras, del quiebre del “proyecto disciplinar del conocimiento basado

<sup>9</sup> <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/07/01/donald-trump-has-been-wrong-way-more-often-than-all-the-other-2016-candidates-combined/>

<sup>10</sup> <https://www.washingtonpost.com/politics/2019/01/07/about-fact-checker/>

<sup>11</sup> <https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2016/07/15/trump-versus-clinton-the-pinocchio-count-so-far/>

<sup>12</sup> <https://www.washingtonpost.com/politics/2018/12/10/meet-bottomless-pinocchio-new-rating-false-claim-repeated-over-over-again/>

en el modelo científico y la experticia técnica como las únicas formas legítimas de conocimiento”, proyecto del que se alimenta la teoría y la práctica del periodismo moderno<sup>13</sup>.

La verdad, según esta perspectiva, ha dejado de ser una afirmación sujeta a comprobación o validación, para pasar a describir “construcciones posibles”, generadas en la interacción de diferentes públicos con diferentes tipos de información. En este nuevo ambiente, en el que la emoción ha pasado a ser más importante que los hechos, cada cual elige la “verdad” que mejor se ajusta a las propias ansiedades / deseos / expectativas. “No me importa lo que arroje el chequeo o la comprobación de los hechos, yo elijo lo que es verdadero, de acuerdo a la satisfacción emocional que me produzcan dichos hechos”, pareciera ser el lema de los que eligen “informarse” de esta forma.

Sólo en este marco de desprecio profundo por los “hechos” se entiende el auge de conceptos como el de “alternative facts” o “hechos alternativos”.

La frase “alternative facts”, conviene recordarlo, fue utilizada por primera vez en enero de 2017 por la asesora especial del presidente Trump, Kellyanne Conway, cuando un periodista, en un popular programa de noticias estadounidense, le preguntó por qué razón el entonces Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, continuaba repitiendo, a pesar de su patente falsedad, la afirmación del presidente Trump de que la asistencia a la ceremonia de su inauguración había sido “la más numerosa de la historia”. Conway no confrontó la afirmación del entrevistador. Se limitó a responder que Spicer estaba simplemente ofreciendo al público “hechos alternativos”.

No importa que la evidencia hubiera desmentido palmariamente la afirmación de Trump (la ceremonia de inauguración de la primera presidencia de Barak Obama, sin ir más lejos, había convocado a mucha más gente). No importa que la totalidad de la prensa estadounidense, incluidos los más prestigiosos medios y periodistas del país, se hubieran encolumnado naturalmente detrás de la evidencia. En el nuevo escenario de la posverdad, la afirmación de Trump, repetida luego en los medios por sus colaboradores, se convirtió rápidamente en un artículo de fe para los seguidores del presidente.

Al decir del periodista estadounidense Will Bunch, el auge de la posverdad implica hoy, para los periodistas, un frente de batalla doble: ya no se trata sólo de la lucha por las condiciones imprescindibles para el libre ejercicio de la profesión; se trata, además, de una batalla por la verdad<sup>14</sup>.

### III. Qué hacer

La situación hasta aquí descrita plantea para los periodistas profesionales importantes interrogantes. ¿Qué hacer? ¿Cómo afrontar la amenaza que, para la supervivencia de la profesión, representa la emergencia del autoritarismo y la posverdad en la sociedad moderna?

---

<sup>13</sup> Waisbord, Silvio, Truth is What Happens to News: On journalism, fake news, and post-truth, Journalism Studies, vol 19. Julio, 2018.

<sup>14</sup> <https://blog.usejournal.com/saving-journalisms-soul-in-the-age-of-trump-3286d9acc31f>

Por lo general, cuando se discute el rol que cumple el periodista en la sociedad, se mencionan algunas de las siguientes tres visiones o concepciones sobre su rol:

a) *El periodista comunicador*. Se trata del periodista cuyo rol fundamental es comunicar, transmitir, dar a conocer. El periodista se concibe aquí como una correa de transmisión. El profesional más eficiente es simplemente el que mejor conoce y maneja las técnicas para comunicar, transmitir o dar a conocer. Su deber, como profesional, es el de asegurarse que todos los actores involucrados en un determinado hecho tengan la oportunidad de expresarse. El periodista comunicador encarna, en cierta medida, el “she said, he said journalism”, también conocido como el “both-sides journalism”, es decir, el periodismo que se impone, como principio rector fundamental, el “equilibrio informativo”, entendiéndose por tal la obligación de asegurarse que los “dos lados” de cualquier controversia sean debidamente escuchados. Mientras más prescindente se mantenga el periodista, mejor.

b) *El periodista fact checker*. La figura del periodista como fact checker emerge como producto de la revolución digital. En el caos informativo generado por dicho fenómeno, en el que los medios tradicionales han perdido la centralidad que ocupaban anteriormente como constructores y referentes de lo que se consideraba “noticia”, el periodista, al estilo de los antiguos navegantes, debe asumir hoy, como papel fundamental, el de servir de brújula o faro iluminador. Se trata del especialista que, en el maremágnum generado por los “hechos alternativos”, se erige como el elemento orientador, el “elemento separador” de las aguas de las noticias de las aguas de las falsedades, las semiverdades, las distorsiones o las opiniones disfrazadas.

c) *El periodista “perro guardián del poder”*. Se trata de la concepción que nació junto al periodismo profesional propiamente dicho, a fines del siglo XIX en los Estados Unidos. Es el periodista que asume, como condición *sine qua non* de su existencia, la investigación del poder, el escrutinio de las acciones de los gobiernos, las corporaciones y los grupos de poder en general. Se trata, en suma, de la función de “perro guardián” del poder, función que está en el corazón de la doctrina democrática, la pieza sin la cual la construcción, fortalecimiento y mantenimiento de la democracia y el estado de derecho sería imposible.

La amenaza que, para el ejercicio del periodismo, plantea la doble emergencia del autoritarismo y la posverdad exige, en primer lugar, el abandono del rol del periodista como mero intermediario. En el actual escenario, la aplicación a rajatabla del otrora sacrosanto precepto periodístico del “equilibrio” (“balance informativo”) es funcional a quienes trafican con la mentira y la falsificación. Estos saben que, en el altar de los “dos lados”, tendrán siempre un lugar asegurado para la difusión y legitimización de su mercancía.

La emergencia del autoritarismo y la posverdad exige, asimismo, ir más allá del fact checking. Si bien esta actividad se impone como una tarea absolutamente esencial para el ejercicio moderno del periodismo, en el ambiente creado tras la aparición de la posverdad, en el que los hechos han pasado a ocupar un segundo lugar, el chequeo de los mismos, por definición, se torna insuficiente.

Con figuras como la del presidente estadounidense, argumenta además Rosen, la función del fact checking perdió parte de su sentido original. A diferencia del común de los políticos, que por lo general reaccionan al fact checking eliminando, cambiando o ajustando las partes cuestionadas de sus discursos, a Trump no parece importarle la exposición pública de sus falsedades. Por el contrario, en muchos casos, esta circunstancia sirvió para que el presidente redoblara sus ataques contra los “medios fake news”<sup>15</sup>.

Al inicio de la presidencia de Trump existía además otra razón para evitar colocar el fact checking en el centro de la actividad periodística. A juicio de críticos como Eric Umansky, de la corporación de periodismo de investigación ProPublica, sin una mirada amplia, que orientara el trabajo del fact checker, la actividad corría el riesgo de terminar siendo manipulada<sup>16</sup>. Los periodistas, reflexionaba Umansky, podían perderse en la “persecución de espejitos” o entretenerse en debates en torno a los tópicos que el poder imponía. En el caso de los Estados Unidos, afirmaba, la cuenta de Twitter del presidente tendía a convertirse en muchos casos en el centro del interés periodístico. Si bien lo que dice un presidente tiene, en sí mismo, valor noticioso, los medios, a su juicio, no debían asumir, como foco de su atención, la tarea de aprobar o desaprobar cada una de las afirmaciones escandalosas del presidente. La noticia, en este caso, era que el líder del país más poderoso de la tierra era, a la vez, el individuo más irresponsable de que se tenga memoria en la historia del país. Los detalles de sus afirmaciones, si bien imprescindibles, eran secundarios.

Lamentablemente, a tres años de la asunción de la nueva administración, este análisis ha perdido parte de su vigencia, lo que habla, en sí mismo, de la velocidad y profundidad con que se ha venido desarrollando el “fenómeno Trump”. Al día de hoy, las mentiras del presidente han dejado de constituir motivo de mención o interés en los medios. El hecho de que el presidente mienta prácticamente cada vez que usa su cuenta de Twitter, emite declaraciones públicas o responde preguntas en ruedas de prensa ha dejado de ser noticia. En ese sentido, la opinión pública estadounidense parece haber ingresado ya a uno de los terrenos más peligrosos para la vigencia de la democracia y el estado de derecho: el de la “normalización” de fenómenos que, hasta poco tiempo antes, hubieran sido considerado absolutamente inaceptables para la opinión pública.

### *El panorama en los Estados Unidos*

Frente a los nuevos e inéditos desafíos, concuerda un gran número de observadores, se necesitan nuevas e inéditas herramientas. El ambiente en el que se desenvuelven los medios y la política cambió drásticamente en los últimos años: la tecnología cambió la forma en que el público accede a las noticias, los modelos tradicionales de negocios de los medios entraron en crisis y las formas en que se intenta manipular a la prensa se han ampliado y sofisticado dramáticamente.

Los periodistas, sin embargo, ha señalado repetidamente Rosen, continúan atados a los principios, hábitos y procedimientos tradicionales con los que nació y se desarrolló la profesión a lo largo del siglo XX. Como consecuencia, el periodismo, a juicio de Rosen, se presta hoy a toda clase

<sup>15</sup> <https://www.washingtonpost.com/news/in-theory/wp/2016/07/13/donald-trump-is-crashing-the-system-journalists-need-to-build-a-new-one/>

<sup>16</sup> <https://www.propublica.org/podcast/how-journalists-need-to-go-beyond-fact-checking>

de manipulaciones por parte de “los mercaderes del escándalo, los trolls, los polarizadores”, quienes, a diferencia de los hombre de prensa, entienden muy bien el nuevo mundo. “El presidente Trump es el hacker mediático más exitoso de los últimos tiempos, pero no es el único, y nos están usando como instrumentos para fracturar la democracia, y no creo que sepamos qué hacer para detenerlos”.

En el ambiente de confusión generado tras la asunción de Trump al poder es posible que el periodismo profesional estadounidense no haya logrado todavía acomodarse a los nuevos tiempos. Tanto en las redacciones, como en los ámbitos académicos se observa, sin embargo, un acalorado debate. El propio Rosen, que dirige un programa de postgrado de periodismo digital en la escuela de periodismo de la New York University, ha propuesto una innovadora lista de iniciativas, así como el esbozo de una estrategia general, para hacer frente a la amenaza<sup>17</sup>.

Tomando de la diplomacia la noción de “ruptura de relaciones normales”, Rosen propone la ruptura, por parte de los periodistas, de los códigos que históricamente han regulado las relaciones entre prensa y poder. “El presidente ha violado de tal forma las expectativas que históricamente los estadounidenses han asociado al desempeño de la presidencia que a la prensa no le queda otra opción que la de suspender las relaciones normales con la Casa Blanca”.

La estrategia de Rosen deja a consideración de los medios qué partes o capítulos de los mencionados códigos deberían romperse. Para diarios como el *Washington Post*, explica, puede significar no participar de los ruedas de prensa de la Casa Blanca; para corporaciones noticiosas como CNN puede significar no transmitir en vivo los eventos convocados por el presidente.

Algunos medios, de hecho, ya han comenzado a incorporar parte de estas recomendaciones. Rachel Maddow, por ejemplo, la reconocida periodista de la cadena MSNBC, dejó de utilizar en su popular programa de noticias videos de Trump hablando en concentraciones públicas. Las chances de que el presidente diga una mentira son extremadamente altas, explicó, y la producción no desea que el programa sirva de medio para difundir falsedades. Algunos programas de CNN (en inglés) iniciaron asimismo la práctica del fact checking en forma simultánea a los discursos en vivo del presidente.

En el largo plazo, no obstante, la recuperación y fortalecimiento del proyecto del periodismo moderno requerirá algo más que medidas puntuales ante amenazas como la que representa Trump. Dicha empresa requerirá, además de la recuperación plena del modelo del periodista “perro guardián del poder”, la posibilidad de añadirle, a dicho modelo, la tarea de defender la democracia.

El regreso del autoritarismo en occidente, junto a la ruptura del conjunto de convenciones comunes que los medios compartían con las audiencias en relación a los “hechos” representa hoy, para el periodismo, una amenaza existencial sin precedentes.

---

<sup>17</sup> <http://pressthink.org/2018/06/its-time-for-the-press-to-suspend-normal-relations-with-the-trump-presidency/>

Como muy bien les recordaba Thomas Jefferson a sus compatriotas en 1786, la libertad de la que estos gozaban luego de la independencia no estaba de ninguna manera garantizada: dependía, fundamentalmente, del mantenimiento de la libertad de prensa. Sin prensa libre, les advertía, no tendrían libertades. La razón la señaló elocuentemente casi doscientos años después el legendario Walter Cronkite: la libertad de prensa no solo es importante para la democracia, es la democracia.

---

**Héctor Vanoli.** Periodista de profesión, con muchos años de trabajo como especialista en democracia, asuntos electorales y fortalecimiento institucional en organismos internacionales como la OEA y las Naciones Unidas en varios países del hemisferio. Como Representante Permanente del Centro Carter en Venezuela dirigió el Programa para el Fortalecimiento del Periodismo. Graduado en Argentina, obtuvo un master en Comunicaciones y Relaciones Internacionales en la Boston University con el auspicio de la Fundación Ford y la Comisión Fulbright. Actualmente es Director del Observatorio Global de Comunicación y Democracia.